...periodista que hoy ahora lo que ha quemado ...que ha adorado...

...como los toreros que no saben dar pie con ...después que el toro les ha dado un revolcón, ...nuestro periodista anda todo revol... ...cabeza, cola y discorre; pero inútil: su vi... ...la rendido por el lodo con el acto de ...transfugio, y por eso no atina á ...que tanto ayer, cuando él no encon... ...argumentos para su edificio grande en el ...como ahora que él mismo aconseja ...hoy el suicidio, toda fusión ó unificación ...imposible. Solamente puede haber una ...para endurecer el presupuesto.

La Convención

Se nota gran entusiasmo entre nuestros corre... ...para asistir á la Gran Convención que ...el 24 de diciembre próximo, la que por ...capital de sus bases y por el generoso espí... ...ha reunido en su organización da ani... ...á todos los conservadores.

...Convención se ha hecho necesaria para en... ...en los Estatutos defectos de procedimiento ...ampliar el programa del Partido.

Estas asambleas son también necesarias por... ...alientan el entusiasmo entre los amigos y ...el espíritu de unión. Probará á nuestros ...que á pesar de los cercos, mantenemos ...la bandera para combatir en ...de nuestros ideales y que animados del ...espíritu cristiano defendemos intereses y nuestras ...servirán de nuestra noble y santa ...

Tengo una íntima satisfacción que toda la ...conservadora ha aceptado con entusiasmo ...idea de la Convención y se hace eco del interés ...ha despertado en todos los pueblos de la ...República.

Tendremos Convención: y ella corresponderá, ...mediante, á los ideales conservadores, á los ...de é importancia de nuestro glorioso Par...

CRÓNICA

Nos informan que el Supremo Gobierno ha ...enviado cerrar á Europa al Redactor de *La ...*, señor don Rafael Egaña, con la misión de ...defender nuestros intereses internacionales y tam... ...para estudiar en esos países los medios que ...han empleado para conseguir la unificación del ...Ecuadores. El señor Egaña deberá presentar ...una memoria de sus estudios para establecerlos ...en Chile.

Deseamos á nuestro colega y antiguo amigo ...más feliz y buen éxito, el que conseguirá sin ...duda con el tino y buen juicio que lo distinguen.

Nos han dado la triste noticia del mal estado de salud del propietario de *El Chileno*.

Hacemos fervientes votos por su completo res...tablecimiento.

Debería principiarse pronto los trabajos en el edificio del gran Internado para hombres. Realizada la idea, estaremos más adelantados que en Europa, á donde no se conocen esta clase de establecimientos sostenidos con fondos del Estado.

Hasta el momento de llevar á la prensa nuestro periódico, se nos asegura que la Junta Ejecutiva del Partido Conservador nada ha resuelto sobre la actitud del Partido en la elección de senador por Talca.

El Gobierno, instado por el Instituto de Higiene, apresurará la partida del enviado al Brasil, señor Revis Riquelme, á fin de evitar la peste bubónica.

CRÓNICA UNIVERSAL

...en dos palabras lo que sucede en todo el mundo durante un mes, ¿verdad que es algo ...?

Porque ¿cómo escribir en corto espacio tan ...hechos como los de los ingleses en ...del Sur, que por medio de heroicas batallas ...han conseguido capturar 10,000 cabezas de ganado, cuestión á que parece prestan más atención que á la estrategia por aquello tal vez de ...? ó lo que los Boers cometen ...arrebatando trenes, tal vez para demostrar al ...que la proximidad á sus salvajes vecinos del interior del Africa los ha contagiado?

Hé ahí á todo lo que se reduce la ya célebre guerra entre ingleses y boers que mutuamente se ...: hoy por ti mañana por mí...

En Europa ya la cosa cambia, ahí todo es más práctico.

Las naciones han reflexionado que en tierra, á unas naciones, y á otras después, les ha llegado su ...en la forma de una derrota más ó menos vergonzosa y por lo tanto se han lanzado al líquido elemento á ver si les es más propicia la suerte en pilatunas internacionales, intención que ha encerrado una nube de submarinos de los cuales todos los inventores se muestran orgullosos, lo que no impide que al mirarlos en ellos se depositen con toda emoción nada fingida, de sí familiar, dándoles nuevos nombres que más parecen dos...

Aquí no, estamos nos ha demostrado que en ellas las Legas Automobilistas nada podrán hacer, y si ahí está Estados Unidos que repentinamente se ha declarado admirador de la parrra chilena; cierto que no hay cosa mejor recibido que lo que se da generosamente y en abundancia, porque en el que, los delegados chilenos llevaban una sola orden... ¡nada de venta! todo gratuito! Ya nos figuramos el entusiasmo del mercantil yankee ante tanta generosidad.

Chile y nuestras vecinas Perú, Argentina y Bolivia están quejosas que el vecino que se ha metido á otros con la publicación que hacían de poseer millones de cartuchos, miles de rifles, monstruosas piezas de artillería y buques que no cabrían por el estrecho de Magallanes.

Santiago, el más feliz de todos los pueblos del orbe que posee la dicha más completa, la Sin Lastre Municipalidad, corporación que se ha propuesto dejar los mayores calamidades posibles antes que el Gobierno actual, las disuelva, reclamadas como por esos bichitos inofensivos llamados por los sabios *trolles y alambres telefónicos*, los cuales causan tanto horror que hasta don Maximiliano Ibáñez, el más flaco y dictionario de los liberales, ha decidido no seguir acrecentando el volumen de su humanidad para no presentar mucho blanco á las pilatunas eléctricas de esos señores.

Algo que se presta á burlones comentarios es el que las naciones americanas, deseando las más pacíficas relaciones entre sí, hayan escogido sus delegados entre lo más gallo y lo más susceptible sin que cuenta cada una de ellas para reunirlos en esa Gran Asamblea de paz, el Congreso Pan Americano, creyendo de este modo cimentar procedimientos que aseguren relaciones que en lenguaje diplomático se llaman amistosas y á las que el vulgo algo acertadamente llama enredos y embrollos.

Una de las novedades del mes ha sido la sentimiento afirmación con que un sabio ha alarmado á los porteños asegurándoles que hay en cada centímetro cúbico de agua de Peñuelas quince mil millones de enemigos del hombre ó más bien dicho millones de colonias de microbios, siendo de advertir que cada colonia de esos pequeños seres que tanto asustan á los sabios se compone de mil familias más ó menos y cada familia de cien á doscientos individuos; de que ya se puede calcular el grado de voracidad de los que se tomen un litro de esas espléndidas aguas que después de haberse gastado millones en la utilización de ellas nos sale ahora un bienhechor de la humanidad diciéndonos más ó menos que los que han cooperado á esa obra son unos asesinos y unos tontos de capirote que no vieron esos millones de animalachos de mala facha antes de recomendar esa agua como buena para la bebida.

No podemos decir cuál es más zonzo, si el que pacientemente esperó á que estuviera concluida la obra para salir con una barbaridad sin igual ó los que no vieron que las aguitas esas eran impuras ó microbíceas...

A. B. C.

POR EL FRUTO...

Como enorme serpiente de acerados anillos, corría y ondeaba el tren sobre los plateados rieles, devorando las campiñas, horadando los montes, vadeando los abismos sobre atrevidos puentes que retumbaban á su paso.

Ventura, arrellenado en su asiento, leía con envidiable fruición. Era un muchacho guapo, de frente despejada y sonrosado color, apuntábale el bozo y su semblante fresco se encendía de cuando en cuando, á impulsos de una suave emoción que parecía avivada por aquella grata lectura.

De pronto sonó el silbato de la locomotora, indicando que comenzaba la curva que va á cerrarse en la estación de Miraflores.

—¡Miraflores! ¡cinco minutos!— cantó el vocero.

Ventura se levantó instintivamente, como quien despierta de un sueño, metió el dedo índice entre las hojas del libro que leía, y apoyándose en el marco de la ventanilla, clavó sus ojos inteligentes y vivos en la amenidad del paisaje. No le faltaba más que el recorrido de una estación para abrazar á su madre.

Era una mañana primaveral; había llovido la noche anterior, y los cañadas y arboledas y las praderas exhalaban un aliento fresco y embelesador.

Por el sur se dilataba la campiña hasta unirse con el azul pálido de un cielo alegre y sereno.

Por el norte, cerrada en el confín del horizonte por la cadena de la sierra, mostraba en primer término, aunque algo lejos, entre crespos olivares y viñedos, las blancas casas de un pueblo, agrupadas al pie de una colina, como bandada de palomas que han hecho alto y detenido su vuelo á la sombra que le presta el montecillo.

Contemplaba Ventura con avidez el ameno panorama y su mirada escrutadora y su rostro risueño parecían indicar, al par que el interés de un alma de artista, el candor de un corazón de niño.

El tren se había detenido. De pronto se posó una mano en el hombro del abstraído viajero, mientras una voz decía á sus espaldas:

—¡Hola, Ventura! ¿Tú aquí?

Volvióse el interpelado y hallóse cara á cara con otro sujeto que rayaría los veinticinco años, alto, enjuto y de mirada artera. No era éste ni apuesto ni simpático como el primero. Mostraba en su rostro pálido, como un prematuro cansancio de la vida.

—¡Manuel Egidio! exclamó Ventura. Te creía ya en el pueblo.

—Y yo á ti... ¡Hombre, qué lástima! Si hubiera sabido que tú venías en el tren, me habría venido antes á tu vagón... Venía más fastidiado con nueve horas en mi coche... Ahora me he venido á éste, y arreglándome la maleta, no había reparado en ti.

—Si yo, dijo Ventura. Pero, mira, consentamos á moverme, y todavía hay buen trecho hasta llegar á Bella Vista.

—¡Qué hombres más pesados esos estos!—continuó el otro abandonando lo mismo. Si ya no debía haber esa clase de locuras... Pero ya me he vengado á mi saber en éstos; buenas guerra les he dado...

Mal le supo á Ventura aquel comienzo y la gosería de que se notaba Manuel Egidio; pero disimuló y abrió maquinalmente el libro para ocultar una señal.

Comprendió el otro, y tomándoselo de las manos, dijo:

—¿Qué leías? Apostaría cualquier cosa á que es una novela de Galdós.

—Chito, dijo Ventura, trata con más cuidado mi libro, que me lo estropeas.

—¡Hombre, latín!—continuó el primero, hojeando la hermosa edición de cantos dorados, de su amigo. Latín... *Mare, ora aliquot edite regiones...* Horacio. ¿Qué antigualla! ¿Pero tú lees eso?

—Me parece. Hace dos años que no se me cae de las manos, y cada día encuentro en él mayor tesoro de pensamientos bellísimos expresados en la forma más plástica y acabada...

—Pero, amigo, si eso está pasado de moda. Hoy leemos á Campoamor, á Tolstoi, á Reyes, ¡pero á Horacio!...

—Y yo digo que por eso, porque no conocen los clásicos, son los literatos modernistas gente sin nociones de la verdadera belleza literaria, corruptores del buen gusto...

—Vamos, replicó Manuel Egidio, torciendo la conversación que se iba por donde sabía que Ventura había de salir vencedor, vamos, no hemos de disputar en materia de gustos... y se me da un bledo de todo eso... tengo yo tanto de poeta... Pero, chico, extraño cómo has tardado casi quince días en marcharte á casa este año.

—Verdad; he hecho un sacrificio. Pero esperaba la velada en homenaje á Cristo Redentor que daban anoche los padres en el colegio.

—¡Ya, ya! Vi el anuncio en los periódicos. ¡Estos jesuitas, qué mañas tienen para atraer á la gente!

—¿Qué? ¿te parece mal?

—¡Pho!... vaya, al fin ese es su negocio.

—Su celo, di más bien.

—Vamos, cuestión de nombres.

—¿Cómo cuestión de nombres? ¿Crees acaso que el sacrificio penosísimo que se imponen en la enseñanza de la juventud y en que encanecen aquellos hombres admirables por su virtud y ciencia, lo han de tomar por negocio?

—¿Sabes que los defiendes con calor?

—Manuel Egidio, sería no ingrato si no lo hiciese. Seis años hace que mi padre, que Dios haya en gloria, tuvo la bendita idea de ponerme en un Seminario. Con aquellos santos y sabios maestros he hecho toda la carrera de mis estudios, y á Dios gracias, veo hoy por su medio, coronados los deseos de mi madre y los míos con ser título...

—Chico, dijo Manuel Egidio, cortando la palabra al joven bachiller, ¡qué calabaza, qué cabeza la mía! lo leí en los periódicos; ¡pues, sea por muchos años!...

—Gracias. ¿Y tú...? insinuó Ventura. Pero al ver en el rostro de su amigo una instintiva mueca de disgusto por la pregunta, con exquisita delicadeza desvió la frase.

Cogióla con todo el otro y con aire de desenfado sentóse, echóse atrás el sombrero y pasando una pierna sobre la otra:

—Hombre, dijo, en el Instituto pasamos la gran vida... ¡Pho! estudiar, ya estamos para estudiar, y más hoy con estas marimorenas de la política. Y aunque no fuera por eso, que hoy los toros, que mañana el teatro, que el otro día me convida Wenceslao, uno de mis alegres compañeros, y á correría, guitarra al brazo...

—Pero, Manuel Egidio, y tu carrera, y tus maestros...

—Mi carrera, mira, mi carrera es el paseo. Mis maestros... ¡Bah! si á alguno se le ocurre preguntar un día en clase: «Señor Urdemales, la lección», pues con un «dispense usted, estoy indispuesto», negocio hecho, y ya tienes para seis meses que vuelva el turno.

—Y tu padre.

—Mi padre, ¿qué sabe mi padre de lo que hoy aprendemos los chicos en el Instituto?

—Pero, ¿y qué podrás contestar, si como es de suponer te pregunta de tus exámenes, de tu norma de vida?

—Pues, ¡tomar cualquier cosa, y á más que me largaré del pueblo cuanto antes pueda.

—Con que no pasarás en él todas las vacaciones?

—¡Sí! bien me sabe á mí ese bendito pueblo, que parece de los tiempos de la conquista, sin un entretenimiento para gente moza. No te digo nada la falta del teatro y de los toros... Y pasa tú todo el día, y á la noche el rosario, y la barcarola de los chicos de casa, y cena tú cualquier cosa, y á dormir.

—¡Jesús, Jesús! Manuel Egidio, qué barbaridades estás diciendo.

—¿Cómo barbaridades? ¿Vendrás á hacerme creer que tú lo pasas á maravilla en el pueblo?...

—Piensa lo que quieras. Pero si quieres creerme, en nada encuentro un goce más puro y más intenso, que en estos dulces meses de vida del hogar de que cada año disfruto con delicia al lado de mi madre y mis hermanitos. Mira, yo también me levanto de mañana; verdad que como yo lo hacía todo el año en el colegio...

—¡Chico, chico, pero eso es un martirio!...

—¡Hombre! si quieres estudiar y cumplir como Dios manda... Porque...

—¡Adelante!

—Pues, decía, que me levanto de mañana para no privarme del hermosísimo espectáculo de la salida del sol, tan bella en esta dilatada campiña; si es día de misa, á misa, y si no, á la huerta; allí ceo y procuro darme cuenta de todas las faenas y hasta por rarísimo tomo alguna parte en ellas. Por la tarde hago compañía á mi madre que distrae los ratos que puede para venirse á charlar conmigo. ¡con qué cariño y solicitud me prepara cosas ricas! y entonces no hago en el año! que no salud, por el colegio, por mis estudios, ¡qué orgullosa se pone con las premias! ¡cómo los remira y pondera, y no para ni está contenta hasta que los muestra al señor cura y todas sus amigas del vecindario... Mi madre... mi Dios, bendita sea!—dijo Ventura, cortando el monólogo sin hilo para él tan gracioso de su narración. Manuel Egidio le miraba de hito en hito. Yo, continuó Ventura, procuro por mi parte complacerla en cuanto puedo, para entretenerla hago un poco de música, que he aprendido á tocarla... otro rato leo, otro escribo, y hasta me entretengo á veces en sacar á lápiz el perfil de Benjamín, que se está muy serio, mirándome con sus ojos abiertos y su cara de ángelillo. Y en fin, á toda hora aspiro con delicia el aire de estos campos saturados de rosas y jazmines. ¡Qué hermosa, Manuel Egidio, qué hermosa me parece esta vida del campo y qué tranquilos goces!

—¡Hombre!—interrumpió aquel Manuel Egidio con voz cortada, aunque no me lo dijera tu Horacio, sería que no has perdido la afición á la poesía lírica que tuve ciego!

—No es sólo poesía, Manuel Egidio, que es realidad, y estoy seguro de que si llegas á saborearla me darás la razón.

—¡Ventura! Vaya ¡todavía eres un inocente! repuso el otro. ¿Crees que yo con lo que sé y conozco del mundo voy á vivir á gusto en un desierto? Mira, añadió con aire de confidencia, algo te contaré de mi vida para que abras los ojos, porque eres un buen muchacho, y da lástima que esos frailes te tengan... tan... embobado.

Ventura sentía un profundo disgusto con el nuevo camino que tomaba la conversación y se dominaba á duras penas. El otro con mayor intimidad, dándole una palmadita en el hombro, le dijo:

¿Cuánto crees que me he gastado este año?

—¡Hombre! qué se yo; no sé los reuniros con que contas.

—Pues alrededor de dos mil pesos.

—Dos mil pesos, tú, ¿y de dónde? ¿Tu padre puede darte dos mil pesos para que los tires tú en un año por la ventana?

—Mi padre, ¡cuando digo que eres un bendito! Mosho hace con pagarme la pensión y darme para algunas ropillas, y eso de lo necesario y con mala voluntad.

—Pues no entiendo.

—No entiendes, ¿eh? —dijo Manuel Egidio, y añadió bajo guiñando el ojo con misterio: Chico, eso se adquiere sobre un tapete verde... en el club, ¿lo quieres más claro?

—¡En el juego!

—De eso te espantas... Ventura, para el que lo entiende, es el gran negocio. Hay sus altas y bajas, es verdad; pero *audaces fortuna juvat*, que diría tu Horacio... Si la fortuna no sopla, y eres listo y tienes quien te guarde las espaldas, se hace uno *mortisgado* y ¡zumba!... que estoy para ti.

Ventura no decía una palabra, estaba como aturrado; jamás hubiera creído que aquel chico inocente con quien jugueteaba cuando pequeño, como con un hermano, en la aldea, hubiese perdido hasta tal punto el pundonor y la vergüenza.

Manuel Egidio, por su parte, alentado con aquel silencio, juzgando acaso que la tentación se consolidaba en el alma de Ventura, prosiguió con mayor intimidad:

—¡Con que nada!... este año en que has de comenzar los estudios de Derecho, según pienso, yo me pongo á tus órdenes... Si quieres te introduciré en este mundo en que vivo; te presentaré á mis amigos, ¡ya verás qué buenos pieces! y además, añadió con aire de protección, te llevaré allí. ¡Chico, ya verás qué vida!...

Un sentimiento de profunda indignación, nacido del fondo del alma noble é hidalga de Ventura, le arrojó á los labios una frase, y encendido el rostro, estuvo á punto de tirar á Manuel Egidio el libro á la cabeza; pero al mismo tiempo un movimiento superior, que indicaba la fuente pura en que durante sus estudios había bebido su corazón, le dominó, y clavando una mirada de inmensa compasión en él le dijo:

—¡Qué desgraciado, qué desgraciado eres! Manuel Egidio, ¿así has puesto en olvido las lecciones de tu madre?...

Quedóse Manuel Egidio, que creía haber fascinado á Ventura con aquella perspectiva, como quien ve visiones, é iba á replicar; pero en ese instante silbó de nuevo la locomotora.

Llegó á la estación el tren, se estremeció, disminuyó su carrera y agazapándose como ésplid que llega á su agujero, metióse por las puertas de la verja de hierro, rechinaron sus miembros y se detuvo.

Los dos jóvenes se separaron rápidamente. Manuel Egidio corrió en busca de la maleta, y olvidado ya de su amigo y su conversación, bajó tarareando un *cante* flamenco; apenas si hizo algún caso de sus hermanos que le daban la cabezabuenos con fuertes apretones de mano, y se disputaban el llevarle la maleta.

A la vez Ventura se detuvo un instante en el estribo y paseó su mirada por el andén; buscaban sus ojos una persona. De pronto se iluminó su semblante, una sonrisa entreabrió sus labios, y se lanzó con indecible goce en los brazos de su madre, mientras tres ó cuatro pequeñuelos saltaban de contento á su alrededor tirándole del saquito. La feliz señora, radiante de alegría, se echó á su vez al cuello de Ventura, y resonó en la estación un zeofrosso saludo que les salía á los dos de las entrañas: «¡Hijo!—¡Madre!»

E. Bachiller